

Del fundamento a la experiencia: formación docente e integración curricular de la formación integral

Crónica de la sesión 19 del Seminario Permanente del GIFIA

Por Juan Manuel Palomares Cantero

¿Qué hace falta para que el Modelo de Formación Integral se viva realmente en la Universidad? La pregunta parece sencilla, pero nos lleva de inmediato al trabajo de los profesores, al diseño de las asignaturas y a lo que los estudiantes experimentan dentro y fuera del aula. Sobre estos asuntos conversamos en la sesión 19 del Seminario Permanente del Grupo Estable de Investigación en Formación Integral Anáhuac (GIFIA), sobre el tema “Integración curricular de la formación integral: criterios, experiencias y desafíos para la educación superior”, con la Dra. Miriam Guadalupe Baez Hernández el Mtro. Mario Evaristo González Méndez y el Mtro. Julio de Jesús García Fernández, de la Universidad Anáhuac Veracruz.

Las tres presentaciones abordaron el problema desde lugares distintos. La primera puso atención en la identidad y la formación del docente Anáhuac. La segunda se ocupó de la distancia que puede haber entre los fundamentos del Modelo y su presencia en el currículo. La tercera preguntó cómo hacer que la formación integral sea intencional, visible y susceptible de evaluación, incluso en las disciplinas técnicas y cuantitativas.

Al escuchar las exposiciones y el diálogo posterior, fue apareciendo una preocupación común. Tenemos un Modelo Educativo con fundamentos que vale la pena estudiar y transmitir. Pero su presencia en la experiencia de los estudiantes depende, en buena medida, de que los profesores puedan comprenderlo desde su propia disciplina y convertirlo en decisiones de enseñanza.

El profesor frente al Modelo

Uno de los primeros puntos de la sesión fue la diferencia entre conocer el Modelo y hacerlo propio. Un profesor puede identificar sus conceptos principales, haber participado en cursos institucionales y reconocer la importancia de la formación integral. Aun así, puede preguntarse qué significa todo ello cuando prepara una clase, elige una actividad o evalúa el trabajo de sus estudiantes.

Esa dificultad merece atención. Los profesores no llegan a la Universidad sin una historia previa. Se han formado en determinadas disciplinas, han aprendido maneras de investigar y ejercer una profesión, y tienen ideas propias sobre lo que significa enseñar bien. Algunos cuentan con una larga trayectoria docente; otros comienzan a dar clases mientras mantienen una intensa práctica profesional. Cualquier propuesta de formación dirigida a ellos necesita tomar en cuenta esas diferencias.

Durante la sesión se insistió en que formar al docente Anáhuac supone ayudarlo a reconocer su papel dentro del proyecto educativo de la Universidad. También exige ofrecerle espacios para pensar cómo se relaciona ese proyecto con las preguntas, los métodos y los problemas de su campo de conocimiento. La apropiación del Modelo no ocurre únicamente al estudiar

sus fundamentos. Crece cuando el profesor puede volver a su asignatura y descubrir qué posibilidades formativas hay en ella.

Esto se aprecia en decisiones ordinarias. Un profesor decide qué casos analizar, qué preguntas plantear después de una práctica profesional, cuánto tiempo dedicar a escuchar una postura distinta o cómo ayudar a un grupo a considerar las consecuencias de una solución técnica. En esas decisiones puede aparecer una manera de entender a la persona y el sentido de la profesión. Por eso, el aula es uno de los lugares donde mejor podemos examinar si el Modelo está presente en la vida universitaria.

Una responsabilidad que no se puede delegar por completo

La segunda cuestión fue la integración curricular de la formación integral. A veces se habla de ella como si fuera una tarea que corresponde a determinadas materias, actividades o áreas. El profesor de una disciplina puede valorar la formación ética, social o espiritual, pero pensar que otros se encargarán de ofrecerla a los estudiantes.

En la conversación se utilizó la imagen de una posible «tercerización» de la formación integral. Nos ayudó a reconocer una dificultad concreta: si cada parte de la Universidad supone que la responsabilidad está en otro lugar, el estudiante puede recibir experiencias valiosas, pero sin llegar a comprender cómo se relacionan con lo que aprende en su carrera.

Las áreas especializadas cumplen una función necesaria y aportan conocimientos que enriquecen a toda la Universidad. Al mismo tiempo, hay preguntas humanas que surgen dentro de cada profesión y que conviene trabajar ahí mismo. En medicina, derecho, ingeniería, diseño o administración se toman decisiones que afectan a personas y comunidades. Los estudiantes necesitan aprender a reconocer esas implicaciones mientras estudian los problemas propios de su disciplina.

Esto no significa convertir cada clase en una exposición general sobre valores. Significa que el profesor sepa identificar los momentos en que una pregunta profesional también es una pregunta sobre la persona, la justicia, el cuidado, la responsabilidad o el bien común. Esos momentos pueden dar profundidad al aprendizaje disciplinar y ayudar al estudiante a comprender mejor el alcance de su trabajo futuro.

Vivir una experiencia y comprenderla

Otra idea que recorrió las presentaciones fue el lugar de la experiencia. La Universidad ofrece a los estudiantes actividades académicas, profesionales y sociales que pueden resultar significativas. Sin embargo, participar en ellas no garantiza que lleguen a formar parte de una comprensión más amplia de sí mismos y de su profesión.

Un estudiante puede asistir a una comunidad, realizar una práctica o participar en un proyecto y conservar un recuerdo positivo de lo ocurrido. La pregunta educativa es qué logró comprender a partir de esa vivencia. ¿Qué descubrió sobre las personas con las que trabajó? ¿Qué ideas previas tuvo que revisar? ¿Qué límites encontró en sus conocimientos? ¿Cambió en algo su manera de entender el ejercicio de su profesión?

Para responder estas preguntas hace falta acompañar la experiencia. Desde su diseño conviene tener claro qué se busca favorecer; después, es necesario abrir un espacio para que

el estudiante piense y hable sobre lo vivido. En la sesión se destacó el valor de la reflexión y la metacognición para ayudarlo a reconocer qué aprendió y por qué ese aprendizaje importa.

También aquí el profesor tiene una tarea. Puede ayudar a que una actividad que parecía aislada encuentre relación con los contenidos de la asignatura y con la vida del estudiante. Una buena pregunta después de la experiencia puede abrir un trabajo formativo que la actividad, por sí sola, no habría producido.

Hacer visible lo que buscamos formar

La tercera presentación llevó estas inquietudes al terreno de la evaluación. Si afirmamos que una asignatura contribuye a la formación integral, necesitamos poder explicar cómo lo hace. Esta pregunta adquiere especial interés en campos donde la enseñanza se concentra en procedimientos técnicos, resultados cuantificables o soluciones muy precisas.

Durante la sesión se planteó la necesidad de pasar de una ética que suponemos implícita a una presencia más clara e intencional de la formación integral. Esto comienza por reconocer qué se espera que el estudiante aprenda, qué experiencias pueden ayudarlo y de qué manera podríamos advertir algún cambio en su comprensión.

Las evidencias pueden tomar formas distintas. En algunos casos aparecerán en la manera de analizar un problema; en otros, en las razones que el estudiante ofrece para defender una decisión, en su capacidad de reconocer a las personas afectadas o en la reflexión que hace después de una experiencia. Elegir buenas evidencias exige conocer tanto los fines del Modelo como las características de cada disciplina.

El diálogo también invitó a ser prudentes. Hay aspectos de la formación humana que requieren tiempo y que no caben fácilmente en un indicador. Evaluar puede ayudarnos a mejorar nuestras prácticas, siempre que recordemos qué queremos comprender y evitemos confundir la evidencia disponible con la totalidad del proceso formativo.

Del requisito a una formación con sentido

Después de las presentaciones, varias intervenciones volvieron sobre la formación institucional del profesorado. Surgieron preguntas acerca de su carácter obligatorio, la manera de acercar el Modelo a quienes todavía lo conocen poco y el significado de afirmar que un profesor ya está formado en él.

Una de las distinciones más sugerentes del diálogo fue la invitación a pasar del requisito al principio. Cuando un profesor recibe la formación institucional solo como una lista de cursos por acreditar, puede cumplirla sin encontrar una relación clara con su trabajo. La posibilidad que se planteó fue distinta: que la identidad y el Modelo le ayuden a dar sentido a su trayectoria como docente y a revisar su práctica.

Esto llevó a una pregunta que merece permanecer abierta: ¿el Modelo de Formación Integral está pensado únicamente para los estudiantes? Si la Universidad sostiene que educar supone atender a toda la persona, también cabe preguntarse qué significa ese principio para quienes enseñan. Los profesores siguen aprendiendo, afrontan dificultades, revisan sus convicciones y buscan crecer en su profesión. Su propia formación necesita un horizonte.

De ahí surgió la conveniencia de pensar en rutas de formación y acompañamiento docente. Los cursos pueden ofrecer conocimientos y herramientas, pero el profesor necesita también oportunidades para conversar sobre lo que ocurre en sus clases, ensayar nuevas prácticas y volver sobre ellas. Ese seguimiento puede ayudarlo a encontrar continuidad entre la propuesta institucional y su experiencia cotidiana.

Acompañar integralmente a quienes forman

La conversación incluyó una mirada a la organización de las universidades. Conforme crecen las instituciones, distintas áreas se especializan y desarrollan programas para atender necesidades del profesorado. Esta labor es valiosa. Sin embargo, desde la experiencia de un docente, las solicitudes pueden llegar como actividades separadas cuyo sentido común no siempre resulta evidente.

En ese contexto surgió una frase que recoge una parte importante de la sesión: si queremos que el profesor forme integralmente, también necesitamos acompañarlo integralmente.

Acompañarlo de esa manera supone escuchar sus necesidades y comprender las condiciones en las que enseña. También implica ayudarlo a ver la relación entre los fundamentos filosóficos del Modelo, sus principios educativos, las decisiones didácticas y la organización del currículo. No todos los profesores necesitan profundizar en lo mismo ni se encuentran en el mismo momento de su trayectoria.

Durante el diálogo se hizo, además, una precisión sobre el uso de la expresión «formación integral». Puede referirse a un área de la Universidad, al Modelo Educativo o al propósito más amplio de la educación universitaria. Conviene distinguir estos sentidos para que la existencia de un área especializada no lleve a pensar que solo sus integrantes tienen una responsabilidad en la formación de los estudiantes.

Una tarea de investigación para el GIFIA

Hacia el final de la sesión se habló de las diferencias entre los profesores de las universidades de la Red. Algunos cuentan con una amplia experiencia institucional o humanística; otros apenas comienzan a conocer el Modelo. Esta diversidad nos invita a revisar si una misma secuencia de formación responde a las necesidades de todos.

Una posible línea de trabajo consiste en estudiar cómo se acercan los profesores al Modelo, qué dificultades encuentran al llevarlo a sus clases y qué apoyos les permiten avanzar. A partir de ese conocimiento sería posible proponer itinerarios más adecuados para distintas trayectorias docentes. También habría que escuchar a directivos y responsables académicos, y tomar en cuenta las condiciones particulares de cada universidad.

La sesión dejó otras preguntas para el GIFIA. ¿Qué prácticas ayudan a que la formación integral esté presente en las disciplinas? ¿Cómo acompañar al profesor sin multiplicar actividades desconectadas de su trabajo? ¿Qué experiencias permiten al estudiante reconocer la dimensión humana de su profesión? ¿Cómo evaluar lo que sucede sin reducirlo a aquello que puede medirse con mayor facilidad?

Al cerrar, invitamos a los ponentes a continuar la conversación y a considerar la elaboración de un trabajo conjunto que pudiera convertirse en un artículo para una revista indexada. Las

tres presentaciones y las preguntas de los participantes ofrecen un punto de partida para investigar un problema que toca directamente la vida de nuestras universidades.

Esta sesión nos recordó que el Modelo de Formación Integral se pone a prueba en la experiencia educativa. Para conocer mejor sus alcances necesitamos acercarnos al trabajo de los profesores, a lo que sucede en las asignaturas y a la manera en que los estudiantes comprenden lo vivido. Ahí encontramos tanto los logros que vale la pena compartir como las preguntas que todavía debemos investigar.